

CAPÍTULO 3.

UN CASO DE ESCARLATINA. EL DOCTOR VORBEUGER. UN INTENTO DE FUGA.



Abatido y cansado fue al encuentro de su hermana, que se había levantado rápidamente. Augusto se quejó del cansancio y la sensación de fiebre y despachó con brevedad las preguntas sobre sus experiencias. La hermana estaba fuertemente impresionada por su aspecto de enfermo y su resistencia a disfrutar cualquier cosa. En su ausencia, ella había mandado arreglar su antigua recámara. Pero Augusto permaneció terco en el empeño de exterminar las chinches ese mismo día. El profesor Steinschnüffler, el amigo de Lachmann, le había dado su remedio. Provenía del Código del rey Hamurabí. Durante miles de años esta verdad eterna, que el gran rey había dado a conocer al mundo en la escritura cuneiforme, se había conservado enterrada y sólo la mirada experta de Steinschnüffler la había redescubierto. Con esto, Augusto se ríe silbando, sacó una bola de papel del bolsillo y jugó con ella como si fuera una pelota.

La hermana consiguió, finalmente, ponerlo en la cama. Hizo hervir ponche para él, trajo botellas de agua caliente y compresas frías y, cuando él mismo le aclaró que la fiebre lo estremecía, entonces ella sacó antipirina de su botiquín bien aprovisionado. Vio con la mayor satisfacción que se la tragaba, luego se fue. Comenzó su arreglo personal matutino ya muy tranquilizada a causa de su intensa actividad. Estaba prendiéndose el pelo, cuando su puerta se abrió y entró su hermano. Apareció a medio vestir, con la camisa abierta y con el veloso pecho a la vista. En la mano sostenía al inevitable enemigo y se lo alargaba.

Ágata dio un respingo de la silla y se fugó al rincón más lejano del cuarto. -¿Por Dios, qué has hecho? –gritó-. ¡Mira cómo te ves!

-Rojo, por todo el cuerpo rojo escarlata –contestó Augusto y observó con atención sus manos manchadas. Ágata lo miraba aún horrorizada. Ella había cogido el espejo de mano y lo sostenía como si fuera un escudo frente a ella. Sin embargo, el hermano se le acercó para mirar en el espejo su rostro todo salpicado de rojo y ella gritó: -¡Escarlatina! Tú tienes fiebre escarlata. ¡No me toques! ¡Mi pobrecito niño! Nos vas a contagiar a todos. En la casa de Lachmann la pescaste. Uno no debe tener amigos médicos. ¡Vete, vete al instante! Nos vas a matar a todos. Nadie debe acercársete. ¡Rápido a tu cuarto! ¡Ay, mi pobre Albina, pronto estará tendida en el cementerio!

Agarró el plumero, blandiéndolo como arma, y prendida al espejo retiró al hermano de allí. En vano aseguraba el infeliz que se sentía mejor que nunca. Tuvo que apartarse de los ojos chispeantes de terror de la doncella guerrera, pertrechada de manera extravagante, hasta que, finalmente, lo empujaron a su cuarto de chinches. A su espalda crujió la puerta, la llave giró en el cerrojo y Augusto quedó prisionero. -¡No sales de aquí hasta que el médico haya venido! –resonó y, todavía, oyó él cómo se abría bruscamente la ventana del corredor, las muchachas corrían hacia allá y, en seguida, cómo el agua chasqueaba en el piso, las cubetas chocaban y las escobas escarbaban las duelas.

El encerrado se quedó por un rato junto a la puerta, aturdido por la sorpresa, después presionó la manija. -¡Ágata! – Ninguna respuesta-. ¡Ágata! –repitió. Nada dio resultado. Sólo oía cómo las trabajadoras escobas recorrían el pasillo para arriba y para abajo. De repente lo venció la ira. ¿¡Cómo!? Toda su vida había sido el honorable señor Müller, el modelo de ciudadano distinguido y amante del orden, el orgullo de la casa y de la ciudad, y ahora barrían las criadas tras sus pasos como si trajera en sus pies toda la mugre del establo de Augías. Golpeando con ambos puños contra la puerta, gritaba como un poseído a su hermana que viniera.

Y ya que eso no sirvió de nada, llamó a todos los inquilinos de la casa por sus nombres y, con salvajes maldiciones, los mandó a cada uno al infierno. No se daba tiempo para respirar. Los golpes de sus puños se hicieron cada vez más amenazadores, sus gritos más fuertes y estridentes, hasta que se convirtieron, por último, en un aullido de furia desarticulado. Espantadas por el griterío, las criadas corrieron con su patrona, la cual intentaba calmar a su rebaño, a pesar de que ella misma estaba angustiada con la idea de que el apestado pudiera derribar la puerta, en medio de las alucinaciones de la fiebre. Su preocupación era del todo inútil. La hermana lo había educado tan bien, que el modelo de todas las virtudes burguesas, aunque alterado por la rabia, no podía concebir la idea de hacer saltar la puerta de la prisión. Sólo logró conmocionar la casa, vociferando durante una hora con sus rugidos.

De repente enmudeció. La llave había girado y, a través de la angosta rendija de la puerta, se introdujo la enjuta figura del médico del distrito, el doctor Vorbeuger.

En esta historia verdadera, no estoy autorizado a callar cosa alguna en favor de nadie y, para mi vergüenza, debo asegurar que Ágata Willen, luego de dejar pasar al médico a la cárcel de su hermano, puso la oreja en la puerta para espiar. No podía entender las palabras de Vorbeuger, pues hablaba como de costumbre muy bajo y cautelosamente. En cambio, la voz del hermano se oyó fuerte desde el primer instante. -¿Y para qué examinarme? Todo el cuerpo se ve como la cara. ¿Mi cuello está rojo? ¿De qué se asombra? Grite durante dos horas y le irá igual. ¡Escarlatina! ¡Escarlatina! Pero yo me siento muy bien, del todo bien. Yo capturo chinches. ¿Usted también sabe lo difícil que es? El que puede hacer eso, no está enfermo. ¡Así! ¡Precaución! Y también consideración, ¿consideración a los deseos de mi hermana, que me tiene aquí atrapado como ratón? Y si me permite preguntarle, ¿cuánto tiempo durará el encierro?

Ágata casi deja caer la botella del sublimado, que Vorbeuger le puso en la mano al entrar, cuando el honrado Müller gritó:

-¿Qué? ¿Seis semanas? Señor, ¿usted está loco? No me quedo ni un minuto más aquí –la puerta se abrió con violencia, de tal manera que la señora Willen fue lanzada contra la pared, y el hermano se precipitó hacia fuera, corrió con la mirada perdida en su hermana a lo largo del corredor, arrancó el sombrero del gancho y, en seguida, estuvo en libertad.

Perpleja, Ágata miraba al doctor, que con una sonrisa agrí dulce se frotaba las manos. –Escarlatina –dijo-, un caso leve, pero de todos modos escarlatina, sin lugar a dudas.

Ágata suspiró. Frente a sus ojos danzaban rojos fantasmas y con muda angustia juntó sus manos sobre la botella del sublimado.

Vorbeuger se lavó con esmero en la palangana que le habían proporcionado. –Muy extraño ese comportamiento del señor Müller –dijo-. Quiero suponer que está sobreexcitado por la enfermedad, probablemente también tiene calentura. Pero que se escape, eso no puede ser. Arrastrará la epidemia por toda la ciudad y luego me responsabilizarán a mí.

Ágata le vació al médico sobre las manos extendidas el contenido de la botella, oyéndolo con recogimiento. Cuando él dejó de hablar y sólo se secaba las manos cuidadosamente, tímida le pidió: -Ayúdenos, doctor, ayúdenos.

Vorbeuger intentaba frotar la última humedad. Con aire de importancia, levantó las cejas, carraspeó y habló así: -Como médico ya no tengo nada que hacer aquí en la casa, eso se entiende. Pero como funcionario público, tengo que ocuparme de que el señor Müller sea aislado; si no se puede de otra manera, con la ayuda de la policía.

La señora Willen hizo a un lado la botella. Tuvo que retorcer las manos. Chorros helados le corrían por los miembros. Augusto Müller y la policía. Era espantoso. -¿Qué pretende hacer? –preguntó.

-Detener al enfermo y mandarlo al hospital.

-Oh, será un escándalo –gimió Ágata-. No, por el amor de Dios, no. Usted no conoce a mi hermano. Eso provocará una desgracia, eso no.

El doctor Vorbeuger levantó los hombros en señal de rechazo y tomó sombrero y bastón. –Soy funcionario y no puedo atender a los deseos privados. Tengo obligaciones en pro del bienestar común. Los enfermos de escarlatina son de peligro público. Si el señor Müller no se somete voluntariamente a las leyes, entonces

deberé tener en cuenta la ayuda de las autoridades.

La señora Willen se repuso. –Él se va a someter –dijo-, yo lo garantizo.

Vorbeuger sonrió con indulgencia. –Usted promete demasiado. Su señor hermano debe permanecer encerrado hasta que el peligro del contagio haya pasado. ¿Cómo quiere conseguirlo con un hombre que tan desconsideradamente se lanza contra la gente, gente que tiene derecho a encerrarlo?

Firme, Ágata le tendió la mano al doctor. –Tenga usted confianza, señor doctor del distrito –dijo ella-. Tan pronto como Augusto regrese, lo voy a encerrar, y no saldrá del cuarto hasta que usted mismo lo permita.

-Bueno, si lo logra, mucho cuidado. Por favor, mándeme llamar cuando haya aislado a su señor hermano. Entretanto, telegrafiaré al colega Lachmann, para ver si sabe algo sobre el contagio –con esto se despidió y salió con la cabeza erguida.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck